

PRESENCIA DE THOMAS SOMERSCALES EN CHILE

Juan Horacio Balmelli Urrutia

AL cumplirse el sesquicentenario del nacimiento del insigne pintor inglés Thomas Somerscales y, al mismo tiempo, el centenario de su retorno desde nuestro país a la rubia Albión, es válido recordar su presencia en Chile y su valioso aporte a la cultura nacional, que nos legara especialmente a través de sus marinas basadas en hechos culminantes de nuestra historia naval.

El puerto de Hull, en la costa del mar del Norte, vio nacer a Thomas Somerscales un 30 de octubre de 1842, hijo de un destacado capitán mercante y de una distinguida dama del lugar. Durante sus primeros años tuvo la suerte que uno de sus tíos le enseñara a dibujar, encendiendo así la precoz llama que más tarde iluminaría su fecunda producción artística.

A los diecinueve años, al terminar su educación superior en el Colegio de Cheltenham, se vio enfrentado a tomar una importante decisión que luego habría de marcar su futuro. Se trataba de elegir entre el ejercicio de la docencia o incorporarse a la Armada inglesa. Luego de cavilar un poco escogió la segunda opción y pronto se embarcó en una nave de guerra, destinado a pertenecer a la dotación de una estación naval británica en las posesiones en el Pacífico.

Después de su primer traslado volvió a bordo para continuar recorriendo la Polinesia y puertos del Pacífico sur, Valparaíso entre ellos, donde recaló en la navidad de 1862, justamente cuando en Santiago se había producido el trágico incendio de la Iglesia de la Compañía. Durante esta primera estada en Valparaíso, tal vez con algo de premonición, Somerscales adquirió —entre otras cosas— una pequeña caja de acuarelas, como si anticipadamente comenzara a prepararse para iniciar su obra pictórica inspirada en el paisaje natural y la historia de nuestro país.

Siguiendo sus viajes por el Pacífico, en 1866, cuando formaba parte de la dotación del HMS *Clio*, debió soportar un violento ciclón que durante casi veinte horas azotó implacablemente a su buque, el que luego de recuperarse puso proa hacia la Polinesia para buscar ayuda en Tahiti. Precisamente, esta arriesgada vivencia lo motivó años después para crear sus famosos cuadros *Antes de la tempestad*, *Durante la tempestad* y *Después de la tempestad*.

Meses después, mientras se encontraba en Panamá, Somerscales fue afectado por la fiebre amarilla; ya recuperado, continuó viaje hasta Valparaíso.

Aquí nuevamente se vio enfrentado a tomar una decisión, la que adoptó al pedir formalmente su baja de las filas de la Real Armada Británica, con el propósito de radicarse en nuestro país.

Ya establecido en tierra chilena, pronto su afición a la docencia y a la pintura encontraron eco gracias a la comprensión y apoyo de don Pedro Mackay, director del colegio del mismo nombre, ubicado en el cerro de la Concepción en Valparaíso. Este distinguido educador captó rápidamente la excelente preparación y la lúcida inteligencia del joven inglés, a quien, aparte de brindarle su protección, le ofreció

trabajo y —es más— le proporcionó su morada en el mismo colegio, por espacio de casi cinco años.

En esa misma época Somerscales comenzó su producción artística, en especial merced a sus continuos viajes de paseo a localidades tales como Viña del Mar, Limache, Quillota, los Campos de Ibacache, para llegar incluso hasta las cumbres del histórico paso de Uspallata.

Poco a poco sus trabajos fueron siendo conocidos y fue así como don Pablo Délano, antiguo y respetado vecino de Valparaíso, además de ser ex Guardiamarina bajo las órdenes de Cochrane en la captura de la Esmeralda en el Callao, le encargó una copia del cuadro que representaba esa notable hazaña bélica, que se encontraba en el edificio de la Bolsa de Comercio. Este trabajo lo efectuó con tal destreza y exactitud que significó su primera obra remunerada y, del mismo modo, la aurora de su fama.

A los treinta y dos años de edad decidió abandonar su soltería y contrajo matrimonio con doña Juana Harper, una gentil dama también hija de padres ingleses. A pesar de esto, Somerscales siguió viviendo por largo tiempo en el cerro de la Concepción, e incluso dictó clases de inglés en su querido Colegio Mackay.

Pronto el éxito que acaparaban sus telas lo indujo a presentar sus obras en concursos públicos; sin embargo, paradójicamente no tuvo una acogida favorable entre los jurados de ese entonces. Ello no lo amilanó; al contrario, le sirvió para concentrar todo su esfuerzo y ocupar todo su tiempo disponible para mejorar la calidad de su pintura, lo que a su vez incrementó gracias a sus refinadas realizaciones paisajísticas, las cuales sí tuvieron gran aceptación, en particular de don José Francisco Vergara. Asimismo, don John North, más conocido como el "Rey del salitre", lo contrató para que se incorporara a su comitiva y le pintara algunos cuadros de la actividad calichera.

No obstante, su ancestro marítimo y su formación naval le llevaron en definitiva a convertirse en un marinista por excelencia, tal como lo hemos conocido y hoy lo recordamos.

El comienzo de la Guerra del Pacífico lo motivó a plasmar las hazañas de Iquique y Punta Gruesa; así, de su pincel fueron emergiendo variadas producciones artísticas que retrataban el alma de la patria guerrera a través de coloridas y vivientes páginas de nuestra historia. Dos de estas obras fueron encargadas por el Gobierno para decorar el gabinete del Presidente de la República; una de ellas fue el cuadro de la destrozada Esmeralda antes de su glorioso hundimiento y la otra la imagen del Huáscar en el combate de Angamos.

Somerscales no limitó su arte a los hechos navales de la Guerra del Pacífico, sino que además se adentró en la historia naval, reproduciendo una serie de escenas y episodios de la Primera Escuadra Nacional y también de la Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana, entre los que cabe destacar el Combate naval de Papudo, de 1865.

No obstante su interés por los temas del mar, Somerscales mantuvo su atracción por el paisaje durante muchos años, hasta que en 1892 decidió trasladar su hogar a su tierra natal y así darles a sus hijos una mejor educación científica en Inglaterra.

De vuelta en su país continuó pintando y en 1893 fue reconocido como pintor de "primera línea" por la Real Academia de Londres, como un justo premio por su obra *Corbeta recogiendo velas para salvar a la tripulación de un barco naufrago*. De esta forma, en sus propios lares creció su fama, llegando incluso a que algunos especuladores viajaran a Chile para adquirir y luego revender sus antiguos cuadros.

Hoy sus pinturas están celosamente guardadas por instituciones y hogares chilenos. Estas obras, en reproducciones, también adornan muchas casas de personas vinculadas al mar, como una muestra del vivo reconocimiento a quien supo plasmar, con elegancia y legítima calidad, vibrantes episodios históricos que, con su imponente realidad, hacen vibrar la naciente conciencia marítima de nuestros connacionales.

Somerscales sigue vigente, además, con la reproducción de sus pinturas en libros, revistas, textos de estudio y otro tipo de publicaciones; es más, han sido copiadas con mucha exactitud como lo hace un joven limitado, de Antofagasta, que en 1990 asombró a los concurrentes a una exposición de pintores nacionales organizada por la Corporación de Ayuda al Niño Limitado, en la estación Mapocho en Santiago.

El nombre del ilustre pintor inglés merece ser perpetuado en las calles, plazas o en algún lugar apropiado de nuestro primer puerto, como un justo reconocimiento a quien supo ilustrar nuestra historia y magnificar nuestros paisajes de la zona central.

* * *